

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCIÓN: CALLE DE VICTORIO, 53. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES — NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

AL DIA

LA SEMANA

No acusa nota local alguna de importancia.

Pero desgraciadamente Madrid nos ha dado una que debemos considerar como murciana.

Nos referimos á la grave enfermedad de nuestro paisano, el eminente crítico Federico Bart.

Ignoramos si á la hora que comenzamos á escribir esta sección (seis de la tarde) habrá dejado de existir el eminente hijo de Pliego, honra y gloria del Parnaso Español.

Por los últimos telegramas recibidos la situación del inspirado autor de «Dolores» no ofrecía esperanza alguna.

Dios haga por mejorar las horas del célebre escritor y para regocijo de los amantes de las letras patrias, prolongue indefinidamente la preciosa existencia del eximio autor.

En la sesión del Ayuntamiento del pasado viernes, se trataron diferentes asuntos, algunos de ellos de interés para la Corporación.

En primer lugar, se dió cuenta de un dictamen en el que se proponía la jubilación de Don Enrique Mauricio por imposibilidad física.

El concejal Sr. Brugarolas, con muy buen acuerdo se opuso, alegando que la inutilidad en que se fundamentaba el expresado dictamen para conceder lo solicitado, la tenía el Sr. Man-

ricio cuando se le confirió el cargo que desempeña.

Entre otras palabras, el Sr. Brugarolas, dijo: esto no es ningún asilo; estamos conformes; hace tiempo que el criterio de la corporación municipal debía de ser ese y quizá se aliviase en algo la penuria por que atraviesa constantemente.

El dictamen pasó nuevamente á la comisión.

¿Si se quedará allí?

Terminada la discusión que ofreció el anterior asunto se aprobaron varias cuentas, volviendo otras á la comisión.

El Sr. Alcalde manifestó que se han recibido en la Delegación de Hacienda las oportunas órdenes rebajando el impuesto de consumos.

Propone conste en actas el agradecimiento del Municipio hacia el ministro de Hacienda, quedando acordado.

A petición del Sr. Peña se designó una comisión gestora, para la adquisición de terrenos con destino á la edificación de la escuela de artes y oficios.

Y propuesto por el Sr. Brugarolas que se interese del señor Obispo, que los toques de alarma, cuando se ocasione algún siniestro, los den los campaneros con prontitud; se levantó la sesión.

De higiene, aseo de la población, recipientes urinarios, y adopción de medios para que la chusma callejera no destruya el arbolado público.

Nada.

¡Que bien vivimos!

Una de las notas suigéneris acusadas por la semana es la venida á Murcia del Sr. Mestre Martínez.

No por que nosotros hayamos visto al *atravente* patriarca de la orden botijil, pues la única noticia que tenemos de su llegada, ha sido una carta escrita en *caracteres árabes* que no hemos podido descifrar.

Únicamente entendimos que se despedía con *hasta luego*, que nos pareció algo funebre y tristón.

Sin comprender porqué pero impulsados por el interés que nos inspira D. Ramiro, pensando en si podía haberle ocurrido alguna desgracia, nos lanzamos á la calle en su busca dirigiéndonos más que de prisa á la fonda donde se hospeda.

Al llegar, preguntamos á un sirviente:

—¿Está el Sr. Mestre Martínez?

Ese señor,—nos contestó,—no se hospeda en esta fonda.

¿Pues donde está de parada?—preguntamos nosotros.

—En el Hotel Raya.

¡Tableau!

UNA LOCA SANTA

I

Era yo chiquitín y, como todos, guerrero; pero como las madres tienen recursos para todo, parece que Dios las dotó de una astucia singular; cuando yo me ponía empachoso acudía el recurso que sabía era mi

dominador, y me decía estas palabras que me infundían miedo. No se porqué, y me hacía calar si lloraba y estar me quieto si daba guerra: «Que viene Antolina la loca.»

Estas palabras las comprendí más tarde, cuando mi pobre madre, allá en las noches largas del invierno y al amor de la lumbre me contaba esta historia, que no deja de ser interesante.

II

Era yo pequeña cuando murió—decía mi madre,—pero aún me acuerdo de muchas cosas.

Antolina era una mujer de 50 años, alta, de rostro curtido por el sol y el aire, de cabello blanco y de aspecto fantasmagórico; en todo tiempo su vestuario lo constituían un jubón de lana negro y una falda de lo mismo, sin más, por tanto, ni usaba medias, ni zapatos, ni pañuelo á la cabeza, por lo que su pié era grande y calludo.

Se dedicaba á pedir, pero lo hacía de una manera muy original.

Todos los días iba por casa de mi madre, y en el tiempo de invierno, atrida de frío, con los brazos cruzados y la vista en el suelo, era su postura continua; entraba hasta la cocina y sin arriarse á la lumbre decía: Buenos días, seña Maria, «hace frío, pero calienta,» y volvía á salirse. Mi madre la lamaba y la decía: Antolina, siéntate que tendrás frío y toma esto, y la daba ó bien comida sobrante ó pan, y ella lo tomaba sin sentarse y se iba sin calentarse y sin preferir más que su eterno «hace frío, pero calienta.»

Lo mismo hacía en todas las casas.

III

¿Y porqué la llamas la loca?

preguntaba yo á mi madre, cuando me hacía esta relación.

Pues porque los chicos empezaron á llamarla así porque no hablaba más que eso, por lo demás no se metía con nadie; pero la acanteaban y la insultaban por que también hizo á muchos miedo.

—¿Miedo? ¿Cómo?

—Su cama era el ataud de los muertos que estaba siempre en la Capilla del camposanto, y toda la noche se la llevaba rezando al Santo Cristo; cuando se cubría se echaba en el ataud y cubría con la falda, y así dormía, y algunas veces se asomaba por la ventana de la capilla y si pasaba alguno del pueblo, como á todos los conocía, salta con su voz cavernosa: Adios fulano, á cuyas palabras echaba á correr lleno de miedo sin acordarse de que quién lo hablaba era la Antolina, y creyendo ser algún alma del otro mundo.

IV

Han pasado unos 60, y hará cosa de cuatro fueron á enterrar en una sepultura un cadáver.

Estando cavando sintieron que daban con en el azadón en un cuerpo del que brotó sangre.

Acudió el Sr. Cura, el Alcalde y todo el pueblo, y los viejos dieron fé de que aquel cuerpo era el de «Antolina la loca.»

Dado conocimiento del hecho al Obispo de la Diócesis, se trasladó á la Colegiata de Melina donde está depositado y tenido en olor de santidad.

¡Oh, cuán incomprensibles son los juicios del Omnipotente.

Por eso dijo Él: *Beati pauperes.*

BENJAMÍN.

FOLLETON DEL «DIARIO»

(NUM 6)

LEYENDAS CORTAS POR VARIOS AUTORES

Cabeza ó Corazón

—POR—

L. L. OMEGA



la señorita...

—Ya puede V. decirle lo que quiera; y yo que V. añadiría lo mucho que me han ponderado su belleza. Ahora, si V. se empeña en ponerles al corriente de mi visita, no tendré más remedio que volver.

Esto último, lo dijo el marqués como si realmente le molestase el repetir la visita; y Conchita, con fingida humildad, haciendo una profunda reverencia, contestó:

—Caballero; cuando venga V. otra vez, será recibido en la sala, con todos los hono-

res debidos á un señor marqués, y no en la cocina por la cocinera.

—Pues yo preferiría lo último; no sé lo que siento al pensar que no he de volver á verla á usted.

—¿Y por qué no? ¿Desconoce V. el proverbio que dice: «Donde hay gana hay maña»? Si V. quiere y me encuentra bastante amable para pasar un rato de conversación conmigo, puede V. verme mañana aquí á cualquier hora. Porque yo soy muy amable, ¿verdad?

El marqués no respondió en el momento, tratando de buscar algún otro adjetivo más á propósito; más como no diese con él, exclamó con énfasis:

—¡Es V. amabilísima!

Y después de mirar fijamente por espacio de un segundo, á los risueños ojos de la joven, se marchó de la casa.

Regresó á la fonda con un tumulto de ideas, y por más que trataba de distraer sus pensamientos, volvía inconscientemente á lo mismo. El recuerdo de la cocinera llenábase la cabeza, y en el solitario paseo que dió

después de comer, no se acordó siquiera de la joven rica á quién sería presentado al día siguiente, y á la cual aquella misma mañana, sin conocerla aún, había considerado como probable compañera de su vida.

Jamás sintió interés tan grande por una mujer, siendo innumerables las veces que se había vanagloriado de que ninguna la impresionaba por muy bella que fuese; y ahora, sin poderlo remediar, sentíase atrido por una simple cocinera, que aunque en belleza igualaba á la señorita más aristocrática, siempre quedaba el hecho de que era una sirvienta, que llevaba delantal blanco, batía huevos, guisaba y vivía, por decirlo así, en la cocina, lo mismo que las demás de su oficio. El marqués, no solamente era de muy buena familia, sino muy correcto, y le enfierecía la idea de que habiendo tenido la suerte, el capricho de enviarle á una cocina, en la cual presidía una especie de Circe, había sido bastante necio para enamorarse de ella y perder tres días sin más objeto que verla otra vez. Trataba de persuadirse de que su único fin se cifraba en charlar un rato

con ella, convencerse de que siempre era la misma y luego despedirse para no volverla á ver; pero en medio de estas reflexiones, recordaba á aquel *Juanito* que la muchacha esperaba sin duda cuando él llegó, y á pesar de todo sentía celos del tal individuo.

—¡Dichoso de él!—se decía—que puede ir á la cocina y pasar todo el tiempo que quiera en compañía de la joven, sin que la familia ó la alcurnia le sirvan de estorbo!

Aquella noche se acostó el marqués de mal humor, y aún cuando logró dormirse soñó que era un salvaje que luchaba á navajadas por entrar en la cocina del Sr. Orzogótia. Pero al siguiente día no tuvo que inventar ni siquiera la más insignificante disculpa para ver á la cocinera; pues Conchita, con motivo de las fiestas que se celebraban en un pueblo vecino, lo arregló todo de manera que el viajero encontró la casa tan vacía como el día anterior, recibíendole su dueña con amabilidad y sin demostrar sorpresa por su visita.

—Supongo que viene V. en busca de contestación á la targeta de su amigo—dijo

